

Admiración del mundo
Actas selectas del XIV Coloquio Internacional
de la Asociación de Cervantistas
editado por Adrián J. Sáez

Las ciudades de Cervantes: corografías entre historia y ficción

Adrián J. Sáez

Università Ca' Foscari Venezia, Italia

Abstract In the context of the Cervantine interest in history, national identity, and travels, this paper aims to offer an overview of Cervantes's cities. More specifically, this study focuses on the descriptions of cities in his novels, which constitutes small examples of corographies with different functions and meanings, which also connects with the historiographical genre.

Keywords Cervantes. Corography. History. Fiction. Spain. Italy.

Índice 1 Mapa urbano: introducción. – 2 Cervantes y las ciudades. – 3 Ciudades cervantinas. – 4 Parada y fonda.



Biblioteca di Rassegna iberistica 24

e-ISSN 2610-9360 | ISSN 2610-8844

ISBN [ebook] 978-88-6969-579-7 | ISBN [print] 978-88-6969-580-3

Peer review | Open access

Submitted 2021-02-08 | Accepted 2021-06-09 | Published 2021-12-01

© 2021 | © Creative Commons 4.0 Attribution alone

DOI 10.30687/978-88-6969-579-7/020

339

1 Mapa urbano: introducción

Aunque pueda parecer mentira, en Cervantes hay vida más allá de la Mancha, pues no todo acaba con el anónimo lugar de don Quijote que se calla con toda la intención -y la malicia- del mundo para resolverlo al final de la historia como un intento por equiparar la cosa con la contienda de «las siete ciudades de Grecia por Homero», *Quijote*, II, 74).¹ Junto a la fantasía -y la obsesión- hay también lugares con todas las de la ley y, por eso, en vez de meter mi cuarto a espaldas en discusiones peregrinas, en esta ocasión se pretende examinar la representación cervantina de la ciudad (en sentido general como centro urbano sin necesidad de título oficial) y entendida como texto (Barthes [1967] 1985; Butor 1974), dentro del marco general de la geopoética (Aínsa 2002) y los *Urban Studies* (Bou 2012).

Cierto es que en el Siglo de Oro todavía no se encuentra la gran pintura urbana de la novela del siglo XIX (del París de Balzac al Madrid «garbancero» de Galdós) ni la ciudad tiene el poder casi omnipresente de *Tiempo de silencio* (1962) de Martín-Santos, pero la literatura moderna en origen está «sociológicamente determinada por las ciudades, asumidas [...] no como escenario material, sino como un estado de ánimo capaz de dar cuenta de una personalidad colectiva de que sin transición se desgajan conductas humanas solo allí concebibles» (Márquez Villanueva [1998] 2004, 142). La ecuación es sencilla: la transformación urbana de la época (Kagan 1986a) con sus muchas ramificaciones reclama una nueva poética con nuevos textos y, por ello, el clásico menosprecio de corte y alabanza de aldea salta por los aires para dar pie a un novedoso menosprecio de aldea y alabanza de corte, que representa a las mil maravillas la novela pícaresca (Sáez 2016).²

Este trabajo se enmarca en los proyectos *SILEM II: Biografías y polémicas: hacia la institucionalización de la literatura y el autor* (RTI2018-095664-B-C21 del MINECO) coordinado por Pedro Ruiz Pérez (Universidad de Córdoba) y *VIES II: Vida y escritura II: entre historia y ficción en la Edad Moderna* (PID2019-104069GB-I00) dirigido por Luis Gómez Canseco y Valentín Núñez Rivera (Universidad de Huelva). Agradezco los comentarios del sabio Alberto Montaner (Universidad de Zaragoza).

¹ Todas las referencias proceden de las ediciones consignadas en la bibliografía, con ocasionales retoques de puntuación.

² Ver también Brioso Santos 1998 sobre el «sentimiento anticiudadano barroco».

2 Cervantes y las ciudades

Por de pronto, habría que comenzar -a modo de contexto- con las andanzas de Cervantes, aunque apenas se sabe que pasa la vida en el cogollo de la corte (Madrid y Valladolid), con la experiencia militar italiana, el encierro en los baños norteafricanos y escapadas más o menos largas por aquí y por allá, especialmente a diversos lugares de la Mancha y media Andalucía, según se puede resumir en el siguiente cuadro:³

1547-1565	Alcalá de Henares ¿Córdoba? ¿Sevilla?
1566-1568	Madrid
1569-1575	¿Barcelona (1571)? Roma Nápoles Lepanto Navarino ¿Túnez? ¿La Goleta?
1575-1580	Argel
1581	Lisboa Orán
1582-1586	Madrid
1587-1597	Sevilla Écija Teba Castro del Río
1601-1606	Valladolid Madrid
1607-1616	Madrid ¿Barcelona (1610)?

Pero es claro que esto quiere decir todo y nada, sobre todo por las muchas dudas y lagunas que hay, como el bailante paso por Barcelona (1571 o 1610). Y es que, si es bien cierto que el conocimiento directo de las ciudades puede ser clave, entre otras cosas porque «toute description fortement investie par un écrivain est d'abord celle d'un pay-

³ Para las peripecias de Cervantes, ver Canavaggio [1983] 2015. El panorama crítico de las ciudades de su vida y obra comprende Barcelona (Riquer [1967] 2003; Micó 2004; Riera 2005; Canavaggio 2007), Nápoles (Canavaggio 2001; De Armas 2014; Ruiz Pérez, en este mismo volumen), Roma (Puig 2001; Piquerias Flores, Santos de la Morena 2017), Sevilla (Márquez Villanueva 2004; Reyes Cano 2004; 2005) y Venecia (De Armas 2011; Sáez 2019a).

sage de l'âme» (Bayard 2010, 95), no es necesario. De hecho, Bayard (2012, 13-62) recuerda que también existen otros cuatro tipos de lugares (desconocidos, recorridos, conocidos de oídas y olvidados) y se puede ser un «viajero casero» (*voyageur casanier*) que se vale de una peregrinación intertextual (a través de libros de viaje, mapas, testimonios contemporáneos y *vedute*, con el constante recurso a las autorreferencias) como complemento o sustitución de la exploración en primera persona. Es más: quizás hasta se pueda decir que las ciudades solamente imaginadas tengan más potencia simbólica por la fuerza de los deseos incumplidos, pues «le città come i sogni sono costruite di desideri e di paure», a decir de Italo Calvino ([1972] 2015, 42). Y que se lo digan a Cervantes con el sueño americano o el anhelado regreso italiano, que solo consigue de forma ficcional en algún que otro guiño suelto y especialmente en la venganza del *Viaje del Parnaso*.

3 Ciudades cervantinas

Por eso, el Cervantes *flâneur* de papel ya ha despertado cierta curiosidad crítica: amén de algunos apuntes al paso sobre los «trozos efectistas» que funcionan a modo de «serie de emblemas» de los paisajes urbanos cervantinos (Canavaggio 2001, 174), la íntima unión entre espacios y procesos literarios (Rey Hazas 2009, 192) y el *link* entre ciudades y mitología (Barcelona-Hércules, Nápoles-Parténope, Venecia-Calipso) (De Armas 2009; 2011; 2014), García Salinero (1967) distingue entre novelas marítimas (la «Historia del capitán cautivo», *El amante liberal*, *La española inglesa* y el *Persiles*), relatos campesinos (*La Galatea* y el *Quijote*) y textos urbanos (*La ilustre fregona* y *Rinconete y Cortadillo*), al tiempo que señala «un giro en el tratamiento del escenario urbano» cervantino que comprende tanto un progresivo menor artificio retórico como «una devaluación de la ciudad como fondo o escenario», lo que refleja «un orden que va de más a menos en la simpatía cervantina por la ciudad, en términos generales» (1967, 14).⁴ así, se pasa de una inicial descripción «vaga y formularia» de «ciudades exaltadas y quintaesenciadas», a un rápido recuerdo nostálgico en las «ciudades evocadas» y finalmente al detalle costumbrista de las «ciudades vividas» (19-37).

En este orden de cosas, se puede proponer otro deslinde urbano:

1. Mil y una referencias a poblaciones (de aldeas a ciudades) por las razones que sea, con el enigmático «lugar de la Mancha»

⁴ Prosigue con la indicación de «un proceso según el cual Cervantes va abandonando los declamatorios párrafos encomiásticos de una ciudad vista en conjunto, para acabar citando sencillamente y sin aparato, lugares, plazas, callejuelas y mercados que identifican al escenario donde tienen lugar las incidencias de la ficción o los hechos de la historia» (García Salinero 1967, 14).

a la cabeza y seguido de cerca por lugares tanto reales como fantásticos y legendarios (Jauja, la isla Trapobana, la Puente de Plata, las tres Arabias y otros nombres exóticos de ciertos lances del *Quijote* y el *Persiles*).

2. Los espacios urbanos, que mayoritariamente abarcan España e Italia, más la peregrinación del *Persiles* que amplía la mirada por el norte de Europa con su poco -o mucho- de ficción y que en la historia campestre que es el *Quijote* se caracteriza por el regateo de ciudades, ya que el caballero primero descarta ir a Sevilla («no quería ni debía ir [...], hasta que hubiese despejado todas aquellas sierras de ladrones malandrines», I, 14) y luego esquiva Zaragoza para dar en la frente a Avellaneda («por sacar a las barbas del mundo su mentira», II, 72), entre otras razones (Egido 1994; Sáez Pascual 2001) que benefician a Barcelona, «primera y última ciudad» del *Quijote* (Márquez Villanueva 1975, 230).⁵
3. Y, finalmente, las descripciones y elogios de ciudades con todas las de la ley que configuran pequeños ejemplos de corografías y *encomion* (o *laus*) *urbis*, que especialmente se presentan en el *tour* italiano del soldado Rodaja en *El licenciado Vidriera* y el largo periplo persilesco, que son los textos en los que voy a centrarme.

La corografía es un modo de historia a pequeña escala, crónicas «particulares» que combinan varios esquemas retóricos (descripción topográfica, narrativa historiográfica y *laus urbis*) para trazar la historia de un lugar (ciudad o provincia) como una suerte de contrapunto a la versión oficial que se relaciona con el estudio de las antigüedades y el interés por mapas y vistas de ciudades, al tiempo que ofrecía un cauce de configuración para la identidad local (Kagan 1995; 2002). No se confunda, sin embargo, con la topografía (descripción de un lugar concreto) ni con la historia local: la corografía se centra en una demarcación («descripción de algún reino, país o provincia particular», *Autoridades*).

Los textos en cuestión debían seguir una «norma corográfica» (*descriptio*, encomio que a veces llega a ser bautizado un nuevo paraíso terrenal y repaso histórico desde los orígenes), con ciertos puntos clave (la importancia y los privilegios de la ciudad, lealtad a prueba de fuego, nobleza de origen godo, resistencia contra la invasión musulmana, etc.) y otros silencios (dominación árabe, excesos y revueltas, presencia de judíos y musulmanes, etc.), con mucho de propaganda patriótica y su punto de polémica (Kagan 2002, 135-7 y 140-2).

⁵ Riera (2005, 42) anota la simetría entre el silencio de un referente bien conocido (la Mancha) frente a la representación de una ciudad acaso imaginada (Barcelona).

Como quien no quiere la cosa, Cervantes demuestra conocer el género cuando, al final del escrutinio de la biblioteca de don Quijote, recuerda el *León de España* (Salamanca, Juan Fernández, 1586) de Pedro de la Vecilla Castellanos, que acaba en la hoguera sin examen alguno por el despertar del caballero (I, 7). Pues bien, a partir de este modelo tan de moda en la época y con una serie de cambios lógicos, se conforma el patrón corográfico cervantino que conviene examinar.

Para empezar, los encomios de Cervantes viven preferentemente en prosa, por lo que nada de nada hay en *La Galatea* (que tiene más de poesía que de novela) y bien poco en la poesía suelta, el teatro y el *Viaje del Parnaso* (con la excepción particular de Cartagena, I, vv. 133-138; y Nápoles, III, vv. 158-162). No valen apuntes a la carrera como el asomo de un manojo de lugares de Madrid en el inicio del *Viaje del Parnaso* («Adiós...», con mención del Prado, los «teatros públicos» y «de San Felipe el gran paseo», I, vv. 115-132), como tampoco entra en la cuenta la descripción del sitio real de Aranjuez, pues es un ejemplo de *ars topiaria* con más recuerdos de Garcilaso que otra cosa:

Nuestros peregrinos pasaron por Aranjuez, cuya vista, por ser en tiempo de primavera, en un mismo punto les puso la admiración y la alegría; vieron iguales y estendidas calles, a quien servían de espaldas y arrimos los verdes y infinitos árboles: tan verdes que las hacían parecer de finísimas esmeraldas; vieron la junta, los besos y abrazos que se daban los dos famosos ríos Henares y Tajo; contemplaron sus sierras de agua; admiraron el concierto de sus jardines y de la diversidad de sus flores; vieron sus estanques, con más peces que arenas, y sus esquisitos frutales, que por aliviar el peso a los árboles tendían las ramas por el suelo; finalmente, Periandro tuvo por verdadera la fama que de este sitio por todo el mundo se esparría. (*Persiles*, III, 8)

Desde esta perspectiva, las ciudades cervantinas son únicamente nueve: Barcelona (*Las dos doncellas* y segundo *Quijote*), Toledo y Valencia (*Persiles*) en España, Génova, Luca, Roma y Venecia (entre *El licenciado Vidriera* y el *Persiles*) por Italia, más Lisboa para su contento y Argel para su desgracia (ambas en la despedida persilesca), así como un recuerdo algo más general de las Indias (*El celoso extremeño*).

Se tiende a destacar Barcelona, que aparece en dos pasajes hermanos de *Las dos doncellas* y el segundo *Quijote*, que tienen mucho de la gustosa reescritura de Cervantes:

Admiroles el hermoso sitio de la ciudad y me pasé de claro a Barcelona, archivo de la estimaron por flor de las bellas ciudades la cortesía, albergue de los extranjeros, del mundo, honra de España, temor y hospital de los pobres, patria de los espanto de los circunvecinos y apartados valientes, venganza de los ofendidos enemigos, regalo y delicia de sus y correspondencia grata de firmes moradores, amparo de los extranjeros, amistades, y en sitio y en belleza única, escuela de la caballería, ejemplo de y aunque los sucesos que en ella me han lealtad y satisfacción de todo aquello sucedido no son de mucho gusto, sino de que de una grande, famosa, rica y bien fundada ciudad puede pedir un discreto mucha pesadumbre, los llevo sin ella solo y curioso deseo. (*Las dos doncellas*, 465)

Bien mirado, ambas parecen sendos casos de espacios tipificados (Montaner 2018): apenas se admira la situación natural privilegiada («el hermoso sitio», «en sitio y belleza única») de Barcelona y otras condiciones materiales («grande, famosa, rica y bien fundada», con un posible eco de la construcción y los orígenes de la ciudad), para elogiar preferentemente los valores de sus gentes, en epítomes de fuerte sabor de cantinela. Certo es, por tanto, que Barcelona se presenta «encomiada pero no descrita» (García Salinero 1967, 33), mientras que el entusiasmo de Riquer ([1967] 2003, 292, 373) y otros sobre el calor del elogio no parece sostenerse en pie, toda vez que se asemeja a muchos otros pasajes corográficos que van mucho más lejos, aunque se puede entender igualmente como una ventaja para huir de largas tiradas descriptivas (Egido [2007] 2018, 163). En cambio, como anota Egido ([2007] 2018, 145-7, 162-4), el segundo es un caso extraño porque se trata de un recuerdo de don Quijote *a posteriori*, ya fuera de la ciudad y en radical contraste con la desgracia de la derrota sufrida en las playas catalanas.

En cierto sentido, todo comienza en tierras itálicas, que, si bien aparecen un poco por todas partes en Cervantes por buenas razones, la imagen más detallada de las ciudades italianas se encuentra en el paseo soldadesco de *El licenciado Vidriera*, que también comienza con un deseo claro de viaje desde Génova:

Otro día se desembarcaron todas las compañías que habían de ir al Piamonte; pero no quiso Tomás hacer este viaje, sino irse desde allí por tierra a Roma y a Nápoles, como lo hizo, quedando de volver por la gran Venecia y por Loreto a Milán y al Piamonte, donde dijo don Diego de Valdivia que le hallaría si ya no los hubiesen llevado a Flandes, según se decía. (272)

Pero, como siempre ocurre, el plan inicial sufre algunas variaciones: desde Génova pasa por Luca para llegar a Florencia, salta a Roma, Nápoles y Sicilia (Palermo y Micina), regresa a Nápoles y Roma, visita Loreto y conoce Ancona, adora Venecia, hace un salto a Ferrara, Parma

y Plasencia, llega Milán y se despide con Aste para marchar a Flandes y volver a España. Poco es lo que dice sobre Florencia, pero sigue un esquema similar de dar dos pinceladas sobre la naturaleza y la arquitectura que ya había seguido en el miniencomio de Génova de *La Galatea*:

la hermosa ribera de Génova, llena Contentole Florencia en estremo, de adornados jardines, blancas casas así por su agradable asiento como y relumbrantes chapiteles, que, heridos por su limpieza, suntuosos edificios, de los rayos del sol, reverberan con tan fresco río y apacibles calles». encendidos rayos que apenas dejan (*El licenciado Vidriera*, 272) mirarse. (*La Galatea*, V, 292)

Más claro es el reaprovechamiento del elogio de Luca entre esta novela ejemplar y el *Persiles*, que arranca de la pequeña dimensión de la *città-stato* de mar para centrarse en las buenas relaciones con los españoles, gracias a su alianza política:

Luca, ciudad pequeña pero muy Luca, ciudad pequeña, pero hermosa bien hecha, y en la que mejor que y libre, que debajo de las alas del imperio en otras partes de Italia son bien de España se descuelga, y mira esenta vistos y agasajados los españoles. a las ciudades de los príncipes que la desean; allí, mejor que en otra parte ninguna, son bien vistos y recibidos los españoles, y es la causa que en ella no mandan ellos, sino ruegan, y como en ella no hacen estancia de más de un día, no dan lugar a mostrar su condición, tenida por arrogante. (*Persiles*, III, 19)

Con todo, en este recorrido militar brilla la celebración de Venecia:

Venecia, ciudad que, a no haber nacido Colón en el mundo, no tuviera en él semejante: merced al cielo y al gran Hernando Cortés, que conquistó la gran Méjico, para que la gran Venecia tuviese en alguna manera quien se le opusiese. Estas dos famosas ciudades se parecen en las calles, que son todas de agua: la de Europa, admiración del mundo antiguo; la de América, espanto del mundo nuevo. Pareciole que su riqueza era infinita, su gobierno prudente, su sitio inexpugnable, su abundancia mucha, sus contornos alegres, y, finalmente, toda ella en sí y en sus partes digna de la fama que de su valor por todas las partes del orbe se estiende, dando causa de acreditar más esta verdad la máquina de su famoso Arsenal, que es el lugar donde se fabrican las galeras, con otros bajeles que no tienen número. Por poco fueran los de Calipso los regalos y pasatiempos que halló nuestro curioso en Venecia, pues casi le hacían olvidar de su primer intento. (*El licenciado Vidriera*, 274)

Con la fuerza que tiene el encomio de un enemigo clásico habitualmente zarandeado de mala manera, el retrato veneciano de Cervantes comprende tanto el patrimonio cultural y económico («riqueza [...] infinita», «abundancia mucha») como su política y su situación estratégica («gobierno prudente», «sitio inexpugnable») y su belleza natural («contornos alegres»), que se redondea con la mención de un centro clave de su poderío («la máquina de su famoso Arsenal») y se compara con el caso de México, en un guiño a las crónicas de Indias (Sáez 2019a).

Más allá de sorpresas, Roma gana por la mano a todos los demás lugares, como joya de las ciudades para Cervantes, que merece de todo: una corografía muy detallada en *El licenciado Vidriera*, la visita demorada de los personajes en el *Persiles* y la guinda del soneto en alabanza y defensa («¡Oh grande, oh poderosa, oh sacrosanta!», *Persiles*, IV, 3), que es caso único en el panorama urbano (y poético) cervantino. El encomio en cuestión apunta tanto a los lugares santos como a los restos arqueológicos de la *Alma Urbs* (que generalmente se asimila a la *Civitas Dei*):

luego se partió a Roma, reina de las ciudades y señora del mundo. Visitó sus templos, adoró sus reliquias y admiró su grandeza; y, así como por las uñas del león se viene en conocimiento de su grandeza y ferocidad, así él sacó la de Roma por sus despedazados mármoles, medias y enteras estatuas, por sus rotos arcos y derrribadas termas, por sus magníficos pórticos y anfiteatros grandes; por su famoso y santo río, que siempre llena sus márgenes de agua y las beatifica con las infinitas reliquias de cuerpos de mártires que en ellas tuvieron sepultura; por sus puentes, que parece que se están mirando unas a otras, que con sólo el nombre cobran autoridad sobre todas las de las otras ciudades del mundo: la vía Apia, la Flaminia, la Julia, con otras deste jaez. Pues no le admiraba menos la división de sus montes dentro de sí misma: el Celio, el Quirinal y el Vaticano, con los otros cuatro, cuyos nombres manifiestan la grandeza y majestad romana. Notó también la autoridad del Colegio de los Cardenales, la majestad del Sumo Pontífice, el concurso y variedad de gentes y naciones. Todo lo miró, y notó y puso en su punto. Y, habiendo andado la estación de las siete iglesias, y confesádose con un penitenciario, y besado el pie a Su Santidad, lleno de *agnusdeis* y cuentas, determinó irse a Nápoles. (*El licenciado Vidriera*, 272-3)

En toda lógica, el *Persiles* es -entre otras muchas cosas- un libro de viaje de los buenos que está marcado por una peregrinación europea donde por dos veces se manifiesta una suerte de deseo turístico: si el polaco Ortel Banedre cuenta que, de regreso a casa, pretendía «ver primero todas las mejores y más principales ciudades de España» (III, 6), una vieja peregrina sigue una ruta de monasterios (III, 6).

Así las cosas, el camino del escuadrón peregrino va de ciudad en ciudad, según una ruta verosímil (coincidente con lo que se indica en el *Repertorio de todos los caminos de España*, 1546, de Juan Villuga) (Lozano-Renieblas 1998, 115), pero casi siempre desde fuera porque las prisas de continuar viaje hasta Roma vía Barcelona los animan. O sea, el escaso espacio dedicado a las ciudades en el *Persiles* (Canavaggio 2014, 238-9) es una verdad a medias: sí, en tanto no entran en muchas de ellas y no alcanzan categoría de lugar para la acción; no, porque algunas son capitales para la historia.

Un buen ejemplo de esta labor de escamoteo urbano es la simbólica corografía de Toledo:

¡Oh peñascosa pesadumbre, gloria de España y luz de sus ciudades, en cuyo seno han estado guardadas por infinitos siglos las reliquias de los valientes godos, para volver a resucitar su muerta gloria y a ser claro espejo y depósito de católicas ceremonias! ¡Salve, pues, oh ciudad santa, y da lugar que en ti le tengan estos que venimos a verte! (III, 8)

Si para alguno está de más (es «sintética y desvaída» para García Salinero 1967, 21), la minicorografía toledana de Cervantes tiene mucho sentido como recuerdo del pasado visigótico en la doble dimensión política (antigua sede de la corte) y religiosa (sede de la iglesia primada), amén de otras cosas (Sáez 2018; 2019b, 145-58). Es más: esta estampa goda española casa bien como contraste a las aventuras precedentes en el norte europeo.

La dinámica se repite con Valencia, que dejan de lado pero conocen por el relato de terceros, que sustituye a la gran fama de Toledo:

Cerca de Valencia llegaron, en la cual no quisieron entrar por escusar las ocasiones del detenerse; pero no faltó quien les dijo la grandeza de su sitio, la excelencia de sus moradores, la amenidad de sus contornos, y, finalmente, todo aquello que la hace hermosa y rica sobre todas las ciudades no solo de España, sino de toda Europa; y principalmente les alabaron la hermosura de las mujeres y su estremada limpieza y graciosa lengua, con quien sola la portuguesa puede competir en ser dulce y agradable. (*Persiles*, III, 12)

En cambio, Lisboa es central en la novela porque hace las veces de la tierra prometida tras un largo viaje, que viene anunciado como el cielo en la tierra («mejor diría ¡cielo, cielo!», III, 1):

Agora sabrás, bárbara mía, del modo que has de servir a Dios, con otra relación más copiosa, aunque no diferente, de la que yo te he hecho; agora verás los ricos templos en que es adorado; verás juntamente las católicas ceremonias con que se sirve y notarás có-

mo la caridad cristiana está en su punto. Aquí, en esta ciudad, verás cómo son verdugos de la enfermedad muchos hospitales que la destruyen, y el que en ellos pierde la vida, envuelto en la eficacia de infinitas indulgencias, gana la del cielo. Aquí el amor y la honestidad se dan las manos y se pasean juntos; la cortesía no deja que se le llegue la arrogancia y la braveza no consiente que se le acerque la cobardía. Todos sus moradores son agradables, son corteses, son liberales y son enamorados, porque son discretos. La ciudad es la mayor de Europa y la de mayores tratos, en ella se descargan las riquezas del Oriente y desde ella se reparten por el universo; su puerto es capaz no solo de naves que se puedan reducir a número, sino de selvas móviles de árboles que los de las naves forman; la hermosura de las mujeres admira y enamora; la bizarría de los hombres pasma, como ellos dicen; finalmente, esta es la tierra que da al cielo santo y copiosísimo tributo. (*Persiles*, III, 1)

En este caso, se trata de un elogio anticipado, poco antes de llegar a la meta, que se realiza a través de un parlamento que abarca el elogio de diversos lugares («ricos templos», «muchos hospitales», «puerto»), valores de sus habitantes («el amor y la honestidad», «la cortesía» y «la braveza», «discretos», «hermosura», «bizarría», etc.), con un acento especial en la grandeza y prosperidad del lugar como uno de los mayores puertos de Europa para los negocios mercantiles («tratos»).⁶

La cruz de la moneda es Argel, que se presenta -en otro giro novedoso- solo mediante el «pintado lienzo» de los falsos cautivos:

Esta, señores, que aquí veis pintada, es la ciudad de Argel, gomia y tarasca de todas las riberas del mar Mediterráneo, puesto universal de cosarios y amparo y refugio de ladrones, que, de este pequeñuelo puerto que aquí va pintado, salen con sus bajeles a inquietar el mundo, pues se atreven a pasar el *plus ultra* de las columnas de Hércules, y a acometer y robar las apartadas islas, que, por estar rodeadas del inmenso mar Océano, pensaban estar seguras, a lo menos de los bajeles turquescos. (*Persiles*, III, 10)

Frente al cielo lisboeta, Argel es el infierno por los criminales que alberga («cosarios» y «ladrones») y el gran mal que hacen desde un lugar tan reducido («pequeñuelo»).

Para el final queda la evocación elusiva de las Indias en *El celoso extremeño*:

⁶ Según Egido (2018, 449) se ajusta a la «perspectiva visionaria del *Apocalipsis*», aunque la descripción de la Jerusalén celeste es fundamentalmente simbólica.

Viéndose, pues, tan falto de dineros, y aun no con muchos amigos, se acogió al remedio a que otros muchos perdidos en aquella ciudad se acogen, que es el pasarse a las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconductor de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores (a quien llaman «ciertos» los peritos en el arte), añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos. (326)

En una visión bastante tópica que no entra en detalle alguno, como es lógico al ser una viñeta de segunda mano, América se presenta como una tierra de oportunidades para gentes de mal vivir («desesperados», «alzados», «homicidas», «jugadores» y «mujeres libres»), una arriesgada vía de escape más que otra cosa que, aunque se dice entre paréntesis, le sale bien a Cañizares.⁷

4 Parada y fonda

Arcadias y lugares manchegos aparte, en el mundo de Cervantes hay espacio para lugares reales: al oportuno paso por el tamiz de la adaptación a un argumento literario se suma el modelo corográfico para el encomio de un selecto grupo de ciudades. Esta suerte de canon urbano se divide equilibradamente entre la patria y la Italia de sus amores, aunque hay alguna ausencia sorprendente (Madrid y Sevilla) y de Nápoles apenas se dice que era «ciudad, a su parecer y al de todos cuantos la han visto, la mejor de Europa y aun de todo el mundo» (*El licenciado Vidriera*, 273). Si bien algunas veces tira de tópicos, Cervantes da vueltas a un patrón muy esquemático que se caracteriza por la brevedad (salvo con Lisboa y Roma), una descripción mínima y una atención preferencial a gentes y valores del lugar, pero no siempre se consideran ciertos rasgos corográficos (explicación de los orígenes, repaso histórico, etc.), salvo en un par de casos significativos (Roma, Toledo), y en otro se puede encontrar una comparación intertextual (Venecia). En este marco, la reescritura es un recurso fundamental, como prueba el reciclaje de los dos encomios de Barcelona (*Las dos doncellas* y el segundo *Quijote*) y las variaciones sobre Luca y Roma (ambos en *El licenciado Vidriera* y el *Persiles*). Entre el deseo y el recuerdo, se puede decir -con Cortázar- que las ciudades para Cervantes son espacios para armar.

⁷ Sobre América y Cervantes, ver Briosio Santos 2006, entre otros.

Bibliografía

Aínsa, F. (2002). *Espacios del imaginario latinoamericano: propuestas de geopoética*. Pról. de V. López Lemus. La Habana: Arte y Literatura.

Barthes, R. (1985). «Sémiologie et urbanisme [1967]». *L'aventure sémiologique*. Paris: Seuil, 261-71.

Bayard, P. (2010). *Et si les œuvres changeaient d'auteur?*. Paris: Minuit.

Bayard, P. (2012). *Comment parler des lieux où l'on n'a pas été?*. Paris: Minuit.

Bou, E. (2012). *Invention of Space: City, Travel and Literature*. Madrid; Iberoamericana; Frankfurt: Vervuert.

Brioso Santos, H. (1998). *Sevilla en la literatura del Siglo de Oro: el sentimiento anticudadano barroco*. Sevilla: Ayuntamiento de Sevilla.

Brioso Santos, H. (2006). *Cervantes y América*. Madrid: Marcial Pons.

Butor, M. (1982). «La ville comme texte». *Répertoire IV*. Paris: Les Éditions de Minuit, 33-41.

Calvino, I. [1972] (2015). *Le città invisibili*. Milano: Mondadori.

Canavaggio, J. (2001). «Cervantes y Nápoles». Sánchez García, E.; Cerbo, A.; Borrelli, C. (eds), *Spagna e Italia attraverso la letteratura del secondo Cinquecento = Atti del colloquio internazionale Istituto Universitario Orientale* (Napoli, 21-23 ottobre 1999). Napoli: Estratto, 173-87.

Canavaggio, J. (2007). «Cervantes y Barcelona». Riera, C.; Serés, G. (eds), *Cervantes, el "Quijote" y Barcelona*. Barcelona: Fundació Casa Catalunya, 49-58.

Canavaggio, J. (2014). «La España del Persiles». *Retornos a Cervantes*. Pamplona; New York, IDEA, 235-51. Trad. de: «L'Espagne du Persiles». *Les Langues Néo-Latin*, 327, 2003, 21-38.

Canavaggio, J. [1983] (2015). *Cervantes*. Trad. de M. Armiño. 5a ed. Madrid: Espasa Calpe.

Cervantes, M. de (2013). *Novelas ejemplares*. Ed. de J. García López. Madrid: RAE.

Cervantes, M. de (2014). *La Galatea*. Ed. de J. Montero, F. Gherardi y F.J. Escobar Borrego. Madrid: RAE.

Cervantes, M. de (2015). *Comedias y tragedias*. Ed. y coord. de L. Gómez Canseco. 2 vols. Madrid: RAE.

Cervantes, M. de (2015). *Don Quijote de la Mancha*. Ed. y dir. de F. Rico. 2 vols. Madrid: RAE.

Cervantes, M. de (2016). *Poesías*. Ed. de A.J. Sáez. Madrid: Cátedra.

Cervantes, M. de (2018). *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. Ed. de I. García Aguilar, L. Fernández y C. Romero Muñoz; estudio de I. Lozano-Renieblas. Madrid: RAE.

Cervantes, M. de (2019). *Información de Argel*. Ed. de A.J. Sáez. Madrid: Cátedra.

Cervantes, M. de (2020). *Entremeses*. Ed. de A.J. Sáez. Madrid: Cátedra.

De Armas, R.A. (2009). «Don Quixote's Barcelona: Echoes of Hercules' Non Plus Ultra». *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, 29(2), 107-28.

De Armas, F.A. (2011). «Calypso's Island: Venice in Cervantes' *El licenciado Vidriera*». Hidalgo, J.M. (ed.), «*La pluma es lengua del alma*»: ensayos en honor de Michael Gerli. Newark: Juan de la Cuesta, 97-113.

De Armas, F.A. (2014). «El virreinato de Nápoles en las *Novelas ejemplares* de Cervantes». *Hipogrifo: revista de literatura y cultura del Siglo de Oro*, 2(1), 87-98.

Egidio, A. (1994). «La Cofradía de San Jorge y el destino de don Quijote», en *Cervantes y las puertas del sueño*. Barcelona: PPU, 231-47.

Egidio, A. [2007] (2018). «Alba y albergue de don Quijote en Barcelona». *Por el gusto de leer a Cervantes*. Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 139-90. Original en: *Cervantes, el "Quijote" y Barcelona*. Coord. de C. Riera y G. Serés. Barcelona: Fundación La Caixa, 91-132.

Egidio, A. (2018). «El cielo de Lisboa». *Por el gusto de leer a Cervantes*. Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 447-89. También en: *Cervantes, el "Quijote" y Barcelona*. Ed. de M.F. Abreu. Berlin; New York: Peter Lang, 2019, 15-53.

García Salinero, F. (1967). «Teoría literaria de la ciudad en Cervantes». *Papeles de Son Armadáns*, 47, 13-37.

Kagan, R.L. (1986). «Ciudades del Siglo de Oro». Kagan, R.L. (dir.), *Las ciudades del Siglo de Oro: las vistas españolas de Anton van den Wyngaerde*. Madrid: El Viso, 68-83.

Kagan, R.L. (1995). «La corografía en la Castilla moderna: género, historia, nación». *Studia historica: historia moderna*, 13, 47-60.

Kagan, R.L. (2002). «Clío y la Corona: escribir historia en la España de los Austrias». Kagan, R.L.; Parker, G. (eds), *España, Europa y el Mundo Atlántico: homenaje a John H. Elliott*. Trad. de L. Blasco y M. Condor. Madrid: Marcial Pons, 113-50. Trad. de: «Clío and the Crown: Writing History in Habsburg Spain». Kagan, R.L.; Parker, G. (eds), *Spain, Europe and the Atlantic World: Essays in Honor of John H. Elliott*. Cambridge: Cambridge University Press, 1995, 73-99.

Lozano-Renieblas, I. (1998). *Cervantes y el mundo del "Persiles"*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos.

Márquez Villanueva, F. (1975). *Personajes y temas del "Quijote"*. Madrid: Taurus.

Márquez Villanueva, F. [1998] (2004). «Sevilla y Cervantes, una vez más». *Cervantes en letra viva: estudios sobre la vida y la obra*. Reverso: Barcelona, 129-50. Original en: *Cervantes y Andalucía: biografía, escritura y recepción = Actas del Coloquio Internacional* (Estepa, diciembre de 1998). Coord. de P. Ruiz Pérez. Estepa: Ayuntamiento de Estepa, 1998, 65-83.

Micó, J.M. (2004). *Don Quijote en Barcelona*. Barcelona: Península.

Montaner, A. (2018). «*Locus horroris*: las palabras y el concepto». Pérez Rodríguez, E. (ed.), *Las palabras del paisaje y el paisaje en las palabras de la Edad Media: Estudios de lexicografía latina medieval hispana*. Turnhout: Brepols, 177-202.

Piquerias Flores, M.; Santos de la Morena, B. (2017). «Roma en Cervantes, de *La Galatea al Persiles*». *eHumanista/Cervantes*, 6, 172-82.

Puig, I. (2001). «Imagen y significado de la ciudad de Roma en las *Novelas ejemplares*». Villar Lecumberri, A. (ed.), *Cervantes en Italia = Actas del X Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas* (Roma, 27-29 septiembre 2001). Palma de Mallorca: Asociación de Cervantistas, 329-35.

Rey Hazas, A. (2009). «Andalucía en las *Novelas ejemplares* de Cervantes: una reflexión sobre el espacio novelesco cervantino». *Anales Cervantinos*, 41, 189-215.

Reyes Cano, R. (2004). «Cervantes y Sevilla: historia de una relación humana y literaria». *Don Quijote en el reino de la fantasía*. Sevilla: Fundación Focus Abengoa, 19-50.

Reyes Cano, R. (2005). *Itinerarios de la Sevilla de Cervantes: la ciudad en sus textos*. Sevilla: Junta de Andalucía.

Riera, C. (2005). «Cervantes, el Quijote y Barcelona (hipótesis de una estancia Barcelona de Cervantes en 1571)». *Anales Cervantinos*, 37, 33-43.

Riquer, M. de [1967] (2003). «Cervantes en Barcelona». *Para leer a Cervantes*. Barcelona: Acantilado, 287-385.

Sáez, A.J. (2016). «Otra vuelta de tuerca: menoscropio de aldea y alabanza de corte en la novela picaresca». *Bulletin of Hispanic Studies*, 93(8), 859-73.

Sáez, A.J. (2018). «Los godos de Cervantes». *Rassegna iberística*, 42(110), 239-54. <http://doi.org/10.30687/Ri/2037-6588/2018/110/002>.

Sáez, A.J. (2019a). «Cervantes y Venecia: una nota a *El licenciado Vidriera* sobre las crónicas de Indias». *Janus: Estudios sobre el Siglo de Oro*, 8, 1-13.

Sáez, A.J. (2019b). *Godos de papel: identidad nacional y reescritura en el Siglo de Oro*. Madrid: Cátedra.

Sáez Pascual, M. (2001). «Zaragoza y don Quijote: ¿una aventura frustrada o un mito inalcanzable?». Bernat Vistarini, A. (ed.), *Volver a Cervantes = Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas* (Lepanto, 1-8 de octubre de 2000). Palma de Mallorca: Universitat de les Illes Balears, 723-9.

